



LA LECTURA POPULAR

Año XLVIII

Orihuela 1 Agosto de 1930

Num. 1119

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Cuadros del cine

Se han congregado los enemigos de la civilización cristiana...
 Mirad el cuadro... Ensimismados, meditan.
 Quieren hacer el mal, pero sin peligro.
 El peligro para la propia persona no lo afrontan más que los redentores que quieren hacer el bien.
 ¡Causar el mal, sin responsabilidad y sin peligro!
 ¡Eso intentan!
 ¡Como lo realizarán?
 —Premovamos guerras, dicen los jóvenes...
 —Propulsemos el afán de riquezas, dicen aquellos que doblan ahora los cuarenta...
 —Todo eso es peligroso, contesta ese viejo semita, que, como el diablo, sabe más por viejo que por listo.
 Mi programa es este:
 Sembrar vientos para que vengan tempestades:
 —¡Bravo por el viejo! exclaman todos y se levantan. El programa del mal esta aprobado: no puede ser ni más cobarde ni peor intencionado.

¡Sembrar vientos!
 Mirad como golpean, a las órdenes del viejo, esos endemoniados, como aquellos que describe Virgilio, dando golpes de almaina sobre la montaña que encierra los vientos para que estos, rabiosos, vengan sobre el mar, levanten sus aguas y hundan las embarcaciones y ahoguen cuanto en ellas hay de vida y de libertad...

—Golpead, golpead ahí, grita el viejo, golpead y romped las puertas que contienen encerrados los vientos disolventes de la familia...
 Golpead fuerte sobre esa otra puerta y rompedla para que se escapen, silvando como furias, los vientos disolventes de la sociedad cristiana...
 Golpead para que se escapen, bramando, los vientos del libertinaje en los espectáculos, en las reuniones, en las playas, en los teatros... Soltad, soltad, presto esos huracanes; son los míos, son los más bravos...
 Golpead para que salgan los vientos brutales de la libertad sin ley en la cátedra, en la prensa, en el libro, en la escuela...
 Dejad que los vientos se junten y se arremolinen y veréis que pronto cuaja la tempestad...
 —Pero, maestro, la tempestad la habremos hecho nosotros...
 —No, la tempestad la harán los vientos...

No lejos aparecen aquellos espectadores mirando curiosos y sin miedo la maniobra. Son el pueblo.
 —¿Qué importa que suelten los vientos? Los vientos como las ideas no son malos, no dañan... dicen.
 ¿Porqué las ideas, todas las ideas, y los vientos, todos los vientos, no han de gozar de libertad?

Ya todos los vientos han sido soltados; ya se los ha sembrado...
 Mirad como se precipitan sobre el mar de la vida.

Mirad como las aguas se levantan en olas gigantes.
 Todo se hunde agitado por ellas; todo naufraga.
 La familia naufraga; la sociedad cristiana naufraga; la civilización naufraga...
 Las gentes miran hacia todas partes los ojos espantados, agitado el corazón.
 —¿Quién ha producido esta tempestad que nos hunde? Se pregunta el pueblo cristiano.
 —¡Son los vientos desatados les contestan!
 —¡Los vientos a los que no hicimos caso!
 ¡Ah, y es imposible que la tempestad pase sino hay quien recoja de nuevo los vientos...!
 ¡Y no hay poder humano que los ate!
 ¿Quién los calmará?

¡Quien los ha calmado siempre!
 La humanidad, víctima de sus errores, víctima de sus pasiones desatadas, víctima de los excesos del libertinaje, víctima de las ideas disolventes, víctima de sus misma inmoralidades, volverá, angustiado sus ojos y dirá a Jesucristo:
 —Señor, perecemos...

Y el que recogió los vientos que agitaban el mar de Tiberiades, recogerá y atará los vientos que agitan con tempestades de muerte a la humanidad actual...

L. Almarcha

La mejor almohada

Jesú! ¡Jesú! ¡qué guirigay están armando estos arrastraos! ¡Sus queréis ustedes callar? — gritó la patrona entrando en el comedor, en donde los huéspedes, jóvenes, casi todos estudiantes, traían, hacia cerca de una hora, una batahola de doscientos mil diablos que atronaba la casa gritando como energúmenos, cantando la *Marsellesa*, repiqueteando los vasos con los cuchillos y subiéndose a las mesas para pronunciar discursos — ¿pero no me oís ustedes? — chilló, manoteando al ver que nadie la hacía caso — ¿Que nos van a echar a la calle!... ¿Que he corrido ya media Sevilla este curso, y no tengo gana de más muanzas!... ¡Viva doña Curra!

— ¡Salud, patrona excelsa!

— ¡Eh! ¡Seña Curra! ¡Las chuletas estaban duras esta noche! ¿Erán de caballo?

— ¡No las ofendáis, malandrines!

— ¡Olé, por las mosas güenas! ¡cuán hermosa es su negligé!

— ¡Viva la Seña Curra!

— ¡Vivaaaa! — gritaron todos a una, subiéndose a las sillas y las mesas y extendiendo el brazo derecho hacia la seña Curra, que se llevó ambas manos a la cabeza y cerró los ojos, exclamando al par:

— ¡Jesú! ¡Jesú! ¡Jesú!... ¿Queréis ustedes volverme loca? ¡O sus calláis ustedes, o mañana mismo quito la casa!

— ¡Cómo se entiende?

— Que se escriban esas palabras!

— ¡No! ¡Que se borren!

— ¡Dónde va usted a encontrar unos huéspedes como nosotros?

— ¡Tan prudentes!

— ¡Que coman tan poco!

— ¡Que le den tan poco dinero!

— ¡Silencio! — gritó entonces con voz de trueno dando al par un fuerte bastonazo sobre la mesa uno de los estudiantes de más edad —, ¡doña Curra tiene razón! ¡Este escándalo es impropio de una casa decente como la nuestra!

— ¡Muy bien dicho! ¡Bien por López!

— ¡Viva López!

— ¡Y el decoro!

— ¡Y la dignidad!

— ¡Y la insolvencia!

— ¡No comprendéis, prosiguió López — que si estando como estamos ya, a fin de curso, obligan a doña Curra a mudarse, nos van a ocasionar un trastorno muy grave? ¡Una mudanza equivaldría a perder cuatro o cinco días de estudio, y la pérdida de cuatro o cinco días de estudio en esta época, equivaldría para algunos — y no se dé nadie por aludido —, a unas calabazas más grandes que la catedral!

— ¡A mí me las van a dar de todos modos!

— ¡Y a mí!

— ¡Y a mí! ¡A todos!

— ¡Eh! ¿Qué es eso de a todos? ¡Te las darán a ti!

— ¡O a ti, que te las dan todos los años!

— ¡Bueno, bueno! — gritó López, imponiendo silencio nuevamente —. No se trata ahora de eso. Se trata de que doña Curra tiene derecho a exigir que no armemos en su casa estos escándalos, y nosotros el deber de no armarlos.

— ¡Bien dicho, López! ¡Tú llegarás a ser algo!

— ¡Diputado por lo menos!

— ¡O ministro!

— ¡Y me colocarás en Hacienda!...

— ¡Ay!

— ¡Esto es una vergüenza! — continuó López —. ¡Habremos despertado a don Modesto!

— ¡Hombre, pues lo sentiría, porque don Modesto es la persona más decente que hay en la casa! ¡Sentiría haberle molestado!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

— Señá Curra, usted nos disculpará. Dígame usted mañana qué... ¡la verdad! que como hoy es el santo de Gonzáles hemos bebido esta noche unas copitas de más, y no nos habíamos acordado de que se había acostado ya, que nos dispense.

— Lo que es por ese lao, ya pueden ostés estar tranquilos — contestó la patrona —, porque lo que es a D. Modesto no lo despierta ni un terremoto. Ocho años lleva ya en la casa y nunca en jamás lo he visto perder el sueño por nada de este mundo ¡Y eso que al pobrecito le ocurren cosas que... ya, ya! ¡Enfermedades, desgracias, cesan-

tias!... ¡Llamar! ¡Parese el rigor de la desdicha! pos él como si tal cosa. ¡Tan tranquilo! Aunque el mundo se le venga encima, se lleva toa la noche durmiendo de un tirón. ¿No es verdad don Lucas? — continuó la seña Curra dirigiéndose a un señor anciano, también huésped de la casa, que en aquel momento entraba en el comedor.

— Pues desía, que no hay na en el mundo que le aga perdé el sueño a D. Modesto. Hase ocho días le robaron diez mil reales, ¡porque aquello fué un robo! Figúrense ustés que se los tenía prestaos a un individuo, y éste se los negó porque D. Modesto había perdido el resibo. ¿No es esto robar? por la noche que se los negó, no púe yo pagar un ojo, pensando en aquella familia. ¡probe D. Modesto! ¡Qué noche estará pasando! desía yo en mi interior; porque han de saber ustés, que a quer dinero lo estaba él esperando para tomar las aguas del Marmolejo que se las tié mandás er méico hábdos tres años, pa ese padecimiento de estómago que le da tan malos ratos. No habrá usted dormío esta noche a D. Modesto, me dije yo a otro día por la mañana, cuando vino a tomá er chocolate, pues lo mismo que toas las noches, doña Curra, me contestó él, sonriendo como si tal cosa. ¡Y me que con tanto de boca abierta, ¡porque a mí me juegan una partida tan serena, creo que no pueo dormí en un año. Y D. Modesto, na, como toas las noches. ¡Miusté que eso es particular!

— Eso consiste — contestó D. Lucas sonriendo — en que D. Modesto tiene muy buena almohada.

— ¡Pos igual que las demás!

— ¡De lana de vellón!

— ¡Doña Curra!... Que se diste usted! ¡la mía es de borra!

— ¡La mía, de lana vegetal!

— ¡La mía, de paja!

— ¡Y la mía... de piedra!

— ¡Cuan dejó caer la cabeza de golpe, me ha chichones!

— Pero, ¿osté oye esto, don Lucas?

— gritó doña Curra sulfurándose. — ¡Habrá indinos?

— No les haga usted caso — contestó riendo don Lucas. — Eso lo dicen oírla.

Buenos modales

—Vamos a ver; pero de qué es la almohada de don Modesto?—saltó un estudiante con cara de tísico.

—Pues igual que las demás! ¿No lo ha oído usted ya?—contestó, cada vez más amostazada, la señá Curra.

—No, no; doña Curra!—Usted dispense prosiguió don Lucas—; pero la almohada de D. Modesto no es igual que las demás! Es más suave, más mullida, más blanda...

Es la almohada en que mejor se duerme, la única en que se duerme a gusto.

—¡Vaya, vaya, don Lucas! ¿Usted también está de broma esta noche!

—No, señora, que hablo en serio!

—Pero, hombre, ¿si me querrá usted decir a mí cómo es la almohada de don Modesto? ¿No ve usted que yo misma se la he puesto, lo mismo que a los demás?

—Es que don Modesto tiene otra almohada, y sobre ésa es sobre la que duerme.

—¿Que tiene otra?—exclamaron a coro los estudiantes, llenos de asombro, y rodeando a don Lucas.—Y ¿dónde la guarda?

—La lleva siempre consigo.

—Don Lucas! ¿Eso es guasa! ¿Si ella llevara consigo, se la vería! ¿Ustedes creen que una almohada es cosa que se oculta así tan fácilmente?

—Pues la lleva! ¿Y no se ve! ¿Y de noche, cuando se acuesta, la coloca sobre la que tiene en su cama, y sobre ella descansa con un sueño suave, profundo, tranquilo!

—Y cuando se levanta, ¿se la lleva a la oficina?

—¡A todas partes!

—¿Vamos a verla, ahora que está durmiendo?—saltó el más joven de los estudiantes.

—¡No, señor!—se apresuró a replicar la señá Curra.—Eso es abusar, y en mi casa no tolero abusos!

—Déj-los usted, para que convenzan—contestó don Lucas, haciendo con mucho disimulo una seña de inteligencia a la señá Curra.

—Bueno, pues acompañeles usted, y cuidao con haser ruido!—dijo la señá Curra, que había advertido la seña de don Lucas, dando a éste una palmatoria con un cabo de vela encendido.

Don Lucas y los estudiantes se dirigieron, andando de puntillas, a la alcoba de don Modesto, penetrando en ella con el mayor silencio, y, conteniendo hasta la respiración, se acercaron a la cama que iluminó de lleno la luz de la vela.

Sobre una almohada modesta, pero limpia e igual, poco más o menos, a las demás que en la casa había, se destacaba, orlada de cabellos blancos como la nieve, la cabeza de un anciano, el cual parecía dormir con un sueño suave, profundo y tranquilo, como había dicho don Lucas, y cuyo rostro, de noble y simpático aspecto, infundía respeto y veneración. Sobre la parte superior del pecho que descubría un poco el embozo de la sábana, se veían cruzadas las manos, en actitud beatífica. Parecía un santo.

—¿Qué ven ustedes?—preguntó don Lucas en voz baja a los estudiantes, cuyos ojos se habían clavado con ansiosa curiosidad en la almohada, sobre la que descansaba la cabeza de don Modesto.

—¡Pues yo veo una almohada como las demás!

—¡Lo mismo veo yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Pues yo veo algo más que todo eso! Yo veo durmiendo con el sueño de los justos, a un anciano venerable, que es, como todos sabemos muy bien, un hombre honrado a carta cabal, un cristiano excelente. Veo un alma que reposa tranquila porque el pecado no turba su sueño. Veo, en fin, un hombre que descansa sobre una buena conciencia, que es la mejor de las almohadas.

CASOS Y COSAS

Los ministros laboristas ingleses no contentos con cinco mil libras esterlinas de sueldo anual,—cuarenta y dos mil duros al cambio actual,—intentan elevarlo a ocho mil libras anuales, casi mil pesetas diarias.

—El laborismo es la redención de los obreros parados!

—Quiá, hombre: es la redención de los jefes que han llegado a ministros.

—¿Y los obreros parados?

—De un millón se han elevado casi a dos millones.

—Entonces, ¿los laboristas...?

—Laboran pro domo sua o sea, en romance puro, que llevan la harina al molino de los amos, que son los jefes: exactamente igual que han hecho los revolucionarios rusos.

—La justicia, sin la conciencia cristiana, son naranjas de la china...

El Sol y algún otro periódico izquierdista truenan a coro porque algunos sacerdotes dicen desde el púlpito que El Sol y su sistema planetario entran entre los sistemas prohibidos.

—Esos curas! Pero ¿no usa y abusa El Sol de su libertad para poner a curas y frailes y a los católicos como digan dueñas?

—Ah, pero El Sol y su sistema planetario, La Voz, El Heraldó etc. etc., han comprado el estanco de «la libertad» y no hay más cerillas ni más tabaco que el que ellos vendan.

Después del monopolio del papel, no es de admirar este nuevo e irritante monopolio de la libertad.

Viene Unamuno, vomita cuanto se le ocurre contra lo humano y lo divino, y El Sol y los adláteres aplauden.

Se le ocurre a unos cuantos jóvenes de ambos sexos, echar los pies por el aire y en las mismas columnas de El Sol y este periódico aplaude... aplaude... son los suyos.

Mas a unos sacerdotes se les ocurre pensar y manifestar su pensamiento de que El Sol y camaradas exponen doctrinas anticatólicas y que en consecuencia no deben ser comprados por las familias católicas, y El Sol se enfada en nombre de la libertad...

Está claro. Es que aun vive el jorobado Torroba.

El meliflao Heliófilo lo es en apariencia. Detrás de la puerta guarda la tranca para el que no piense igual que en El Sol se piensa.

El Arzobispo de Santiago en elocuentísimo discurso pronunciado en la clásica ofrenda al Apostol Santiago

ha dicho: «Los enemigos de España suelen ser los enemigos de la fe dentro y fuera de España.»

Es una coincidencia que no falla.

¡Enemigo de la fe? ¡Enemigo y calumniador de España!

Si uno a uno fuésemos examinando a los fabricantes de la historia negra de España y hasta a los enemigos de la peseta, hallaríamos esta coincidencia: los antiespañoles son también anticatólicos.

Y también hallaríamos que cuanto mejores católicos, mejores defensores de España.

El Apóstol Santiago, debelador de la morisma, debe conocer muy bien a los nuevos moros.

Como en los tiempos históricos hay que gritar: ¡Santiago cierra España, sus, a ellos!

En Italia, un horroroso terremoto ha asolado diversas provincias y derribado varios pueblos causando numerosas víctimas.

Desde la terrible catástrofe de Mesina no se ha producido otra igual.

Más de cincuenta mil personas han quedado sin albergue.

El Papa, solícito, ha acudido a remediar la terrible desgracia y ha enviado varios legados a consolar y remediar a tanto y tanto desgraciado.

Sin embargo no hemos leído que los soviets ni las Internacionales, que tanto dinero gastan, hayan acudido a remediar víctimas.

Si hubiera sido para causarlas habrían estado a punto sus dineros...

A. Hernán

¡Pobre Domingo!

Hay en la semana un día sagrado entre los demás: el domingo.

Sagrado para los que penan y caminan melancólicamente al mismo paso, sobre el mismo camino gris... Es la parada.

Sagrado para los que luchan moralmente en las tinieblas de la vida... Es el rincón azul...

Sagrado para la familia... Es el día en que ésta se reúne a la mesa... día de todos los chicos y de todos los viejos.

Sagrado para el cuerpo... el cual tiene el derecho de contemplar algo más que los muros mugrientos de las fábricas y de respirar otro aire que el de la grasa caliente de las máquinas.

Sagrado para el alma deseosa de temblar en la iglesia su fuerza religiosa, como el navío que en el puerto repone sus carboneras.

El domingo es el día de las campañas y de los grandes órganos... Es el día de los jardines y de los paseos... es la alegría y la poesía... es la fuerza de la semana... es la dulzura de vivir...

Ahora bien; este hermoso y buen domingo está de nuevo amenazado. Nosotros lo hubiéramos reconquistado pero, so pretextos que no soportan ni el examen, algunos agitadores que en su mayor parte descansan toda la semana, acaban nuevamente de robárselo al pueblo.

—¡Vida intensa!...—gritan.

¡Disculpennos! Nosotros queremos la vida laboriosa, la vida de nuestros padres, que han formado el país que habitamos, trabajando seis días como Dios manda y por su orden descansando el séptimo.

Todos los grandes pueblos respetan el domingo. Nosotros somos un gran pueblo y entendemos comportarnos como tal.

Es necesario, pues, netamente, resueltamente, trabar la vía a estos agitadores.

¡Pobre Domingo, flor efímera en el gran camino monólogo, y que los pesados pies de los hombres quieren pisotear!...

Domingo deseado, amado...

Domingo en que se cambia la ropa blanca... día de afeitado para el alma y para el cuerpo...

Domingo, pequeño altó impuesto a los poderes en favor de los rendidos de cansancio, por la piedad de Dios: «misereor super turbas».

Domingo, día de dignidad... Tú nos ayudas a conocer que el hombre dolorido y preocupado, no es para la máquina, sino la máquina para el hombre.

Se te quieren arrancar a nuestra sed de afectos familiares... también a nuestra piedad.

¡Domingo de nuestros padres: nosotros te defendemos!... ¡Y te guardaremos!... ¡Y te legaremos intacto a nuestros niños!...

Pierre L' Ermite

Buenos modales

Cuando Núñez de Arce fué nombrado Ministro, salió de su casa sin reparar en el coche oficial que le esperaba a la puerta, y se encaminó a pie al Ministerio.

Llegó un poco antes de la hora designada para tomar posesión, y cuando empezaba a subir la escalera, le cerró el paso un portero que estaba barrriendo y le dijo sin interrumpir su faena:

«¿Adónde va Vd.? No es hora todavía de despacho.»

«Para mí, sí», contestó el interpelado, avanzando impertérrito entre la nube de polvo que levantaba la escoba de aquel funcionario de escalera abajo.

«Pero, ¿quién es Vd?», replicó el portero.

«El nuevo Ministro», dijo modestamente el recién llegado, con grande estupefacción de su interpelante, que pasó del más soberano desdén a la más humillante de las adulaciones.

«Pase Vuestra Excelencia a su despacho. ¿Tiene algo que mandarme Vuestra Excelencia?», exclamó confuso el portero, quitándose humildemente la gorra.

«Por ahora sólo se me ocurre» — le dijo el nuevo jefe, «rogarle a Vd. que desde mañana procure barrer más temprano».

Como el ilustre escritor, tratad siempre bien a todos: no hay una sola razón que os autorice a insultar con palabras groseras a vuestros inferiores. Esto es propio de hombres vulgares y sin educación, como ese limpia escaleras.

La cortesía, los buenos modales, la afabilidad, son como el perfume de la caridad cristiana.

Si queréis un medio para tratar a todos con blandura y cortesía, he lo aquí: Pensad que aquel a quien habláis es hermano vuestro.

La Lectura Popular

Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales.
Media id.....	2	»
Un cuarto id..	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.